

LA RELIGION DEL POBRE

Alberto Micheo

LA RELIGION COMO PROBLEMA

Un grupo de campesinos pobres estaba un día bebiendo en un botiquín. Animados por el aguardiente enfrentaban los temas de conversación con especial animación y entusiasmo. En estas ocasiones es bastante común el tema de la religión y de los curas.

Cada uno se iba animando a decir algo más "grueso" que el anterior acerca de las enseñanzas de la religión: "Eso que dicen los curas que la borrachera es pecado, es una mentira". "Y que después hay un infierno también"... Cada afirmación era aplaudida con un alboroto mayor... Así pasaban revista a todo lo que sabían sobre el tema.

Uno del grupo estaba callado con la cabeza apoyada sobre la mesa sin entrar en conversación, al parecer dormido. De pronto levanta la cabeza con los ojos entreabiertos y dice: "Sí, sí, pero, ¿y si después de todo resulta ser verdad?" Ahí terminó el tema y la reunión...

Este pequeño caso lo presentamos para apoyar una afirmación: la religión, también para el pobre, es un problema. Nos parece demasiado superficial la tesis bastante generalizada de que la religión acompaña automáticamente a la pobreza. Y como consecuencia, que el pobre no tiene problema religioso, a no ser por su exceso, y que cree inconscientemente en Dios.

Esta actitud inconsciente, absoluta, en favor de Dios y de la religión por parte del pobre, se aplica con más intensidad al mundo femenino: "La religión es cosa de mujeres", se dice con frecuencia. Sin embargo, también para el mundo femenino popular la religión es un problema. Conoció a una mujer sencilla del pueblo entregada a "hacer caridad" a todo el mundo. Parecía la persona más alejada de toda duda religiosa. Se me acerca un día y me dice, llena de preocupación, que tiene un grave problema de conciencia.

—¿Y cuál es tu problema?

—¡Tengo dudas contra la fe!

Cuando vengo bien cansada de tantos sacrificios por ayudar a los demás, se me viene a la cabeza esta duda: "¿Y si después de tanto sacrificio, allá arriba no hay nada?"

Estos casos, demasiado simples sin duda para una generalización, sirven pa-

ra ilustrar nuestra convicción de que la religión en el mundo pobre no es algo automático. Es un problema que tiene que enfrentar.

LA RELIGION COMO OPCION

A pesar de que al pobre también se le presenta la duda acerca de Dios y de la religión, no es menos verdad que la inmensa mayoría se inclina por El y establece formas muy abiertas para relacionarse. Como si lo viera y lo tratara personalmente; como si fuera su compañero invisible, pero casi casi palpable.

Escribo a la llegada de una gira por varios "caseríos" aislados de la montaña. Gente verdaderamente pobre, de un nivel de pura subsistencia. La razón de mi visita no era específicamente religiosa o litúrgica, sino de organización social. En varias ocasiones, en localidades distintas, se ha repetido la misma conversación:

—¿Con quién ha venido hoy?, me preguntaban.

—Con nadie; hoy ando solo.

—Bueno, (me corregían) será con Dios y la Virgen...

Por otra parte, los estudios de religiosidad popular están llenos de datos sobre infinitas manifestaciones religiosas, interpretadas como míticas, supersticiosas, manipuladoras de la divinidad, etc. Más aún, hay tendencias a dar tanto peso a su negatividad, que ponen en ella en gran parte la razón de su pobreza. Influenciados por la ciencia positivista, la menos apta tal vez para tratar el problema de Dios, hasta los eclesiásticos se han contagiado de esa interpretación. A pesar de todo, permanecen ahí...

Está claro que desde el punto de vista puramente racional, nada se puede probar acerca de Dios. A lo más que llega es a mostrar que resulta razonable la hipótesis de su existencia. Su aceptación o no, es una opción personal. Y quien opta por El, tiene que contar vitalmente con El; y viceversa, Dios tiene que contar existencialmente con ese hombre. El mundo pobre, también tiene que tomar una decisión y la toma de acuerdo a sus vivencias existenciales. Pero, ¿por qué con tanta plasticidad?

Se dice que las incógnitas definitivas del hombre y de Dios aparecen con más claridad en los extremos del ser y del no ser. En la vida y en la muerte.

Es natural que quien se halla más cerca de experimentar personalmente esos extremos establezca relaciones más normales y personales con quien pueda ser una explicación de esos hechos. El mundo pobre, el mundo campesino de nuestra América Latina, vive a nivel de subsistencia. Su vivir en medio de tantas adversidades le es una maravilla incomprensible sin Dios; y su morir es algo tan posiblemente cercano que le parece normal que pronto tenga que vérselas cara a cara con Dios. De ahí que cuente con El con tanta seguridad.

Pero pudiera no ser así. De hecho hay pobres en nuestras ciudades y campesinos, que no optan por Dios. No creen en nada ni en nadie. Que no participen en manifestaciones religiosas. Que no creen en los curas ni en las formas de relacionarse con Dios. Y no es por ignorancia. Tienen las mismas bases y la misma historia cultural. Sin embargo, parecen tener tan interiorizada psicológicamente su carencia de todo, que sólo se sienten bien cuando nada pueden decir que tienen; ni a Dios...

UN DIOS VIVO

Mucho se han estudiado las manifestaciones del pobre para con Dios, pero poco se han profundizado—si no es que se hayan despreciado—las respuestas de Dios con ese hombre que así ha optado por El. Las manifestaciones de Dios en el mundo pobre se interpretan, de entrada, como ingenua superstición. El hecho es que viviendo dentro del mundo pobre se tropieza con cierta frecuencia con situaciones, hechos y sucesos racionalmente inexplicables. Dios parece responder con la misma sencillez a los requerimientos de los sencillos. Ante tales hechos, nada tiene de irracional el pensar y defender que Dios es un interlocutor real en la vida del pobre.

Evaluando estos hechos desde la posición del que no ha optado por Dios, se dan explicaciones psicológicas o parapsicológicas. Pero aun así, queda la incógnita. Recuerdo la respuesta desconcertante de un experimentado parapsicólogo a la pregunta: "¿Es posible la comunicación con los espíritus?" - "Mire Ud., esa comunicación con los del 'más allá' es una contradicción científica, es una imposibilidad filosófica, una



deformación teológica; ahora, que las hay, las hay”.

El hombre sencillo, el campesino latinoamericano, que claramente ha optado por Dios, nada sabe ni le interesan tales contradicciones; él sólo sabe y se rige por la ley de los hechos. Y el hecho es que acude a Dios y Dios le responde con hechos... Para él Dios no es un ser abstracto y lejano en la majestad del Olimpo. Dios es un ser vivo, cercano a su pobreza, a su aflicción, a su viudez, a su carencia de todo. Y para demostrar esto no hay otra prueba que la del mismo pobre: “Venga conmigo, viva como yo y lo verá...”

Parece que la distancia de Dios con respecto al hombre es inversamente proporcional a su autosuficiencia. Y no nos referimos tanto a la capacidad de uso de medios para enfrentar sus problemas, sino a su actitud ante Dios. Es lógico, por otra parte, que quien carece de más cosas esté más alejado de la autosuficiencia que distancia a Dios. Así Dios actúa desde más cerca:

UN DIOS SENCILLO

Si no es posible, racionalmente, probar la existencia de Dios, lógicamente también es imposible delinear su figura. Sin embargo, poniendo de por medio la fe cristiana, la existencia de Dios se vuelve evidente y en Jesús de Nazaret se reflejan rasgos comprensibles de su auténtica figura. Lo humano, lo sencillo, y lo pobre es lo más evidente. Todo lo contrario de la figura elaborada tanto por los sabios de antes como por los de hoy.

¿Cómo es posible que Dios se relacionara con pecadores, publicanos y prostitutas? El hecho es que entre ellos

actuó y se comunicó con el pueblo sencillo en sus propias formas de actuación. Se rió con ellos y como ellos; sufrió con ellos y como ellos. El pueblo pobre latinoamericano ha asumido esa figura de un Dios que tiene una madre y bebe en sus celebraciones.

Lo grande es que al parecer Dios allí “se siente bien”. Cuando hay una gran sequía, el campesino organiza una procesión de “rogativas”. Saca a un santo, lo reza, le baila y hasta le puede mojar con licor... No siente que “le falta al respeto”. Para el pueblo es su forma auténtica de relacionarse con quien en su medio tiene algún poder. Y llueve... Vaya y lo verá...

Desde luego que analizando estrictamente muchas de estas actitudes y formas de expresión del pueblo pobre, se encontrarán muchas inexactitudes. Se dirá que hay poca diferencia entre Dios y los Santos, entre Dios y la Virgen. Se concluirá que el pueblo pobre idolatra a sus santos y a la Virgen... El hecho es que el pobre no tiene ese problema analítico. El que le venga la respuesta a su necesidad de un santo o de la Virgen, con ello él no excluye a Dios. Sabe que sin Dios, no hay santo ni virgen que valga... Así de sencillamente...

Llama poderosamente la atención la actitud de nuestro pueblo hacia la Virgen. A veces, desde fuera, parece que hasta ensombrece al mismo Dios. También esto tiene su explicación. La maternidad como fuente de vida le abruma. La madre es la que más cerca toca los límites de lo humanamente posible. De ahí su admiración y veneración por ella. En el fondo, implícitamente, engrandece a Dios que ha puesto al alcance de su comprensión semejante maravilla.

En nuestro lenguaje podríamos decir que la Virgen para el pueblo pobre es la mejor forma en que Dios mismo se manifiesta. ¿No seremos nosotros los que ponemos en Dios problemas de sexo?

Así de sencillo es el Dios del pobre y del campesino latinoamericano. Lo impresionante es que ese Dios responde a sus requerimientos. ¡Vaya y lo verá!

LA POTENCIA DE LA RELIGION

También se ha escrito mucho acerca del freno que supone para el cambio social la religión en general y el cristianismo en particular. Hasta se ha presentado como uno de los elementos constitutivos de la alienación humana. La religión “opio del pueblo” se ha convertido en ciertos ambientes en un slogan muy generalizado. Sin embargo, si se logra palpar desde dentro de la pobreza el significado de lo religioso, las apreciaciones cambian.

Cuanto más se recargan las tintas sobre la responsabilidad de la religión del pueblo para mantenerlo en la opresión y en la miseria, tanto más se demuestra su potencialidad. Los hechos de la historia no prueban la tesis de que la religión es en sí, ha sido y no puede dejar de ser instrumento de alienación y de opresión. La religión va pareja con la complejidad de la concreta historia humana y dentro de ella hay que tratarla.

Es cierto que a través de la historia los contenidos religiosos se han ido sistematizando e institucionalizando, tanto a nivel doctrinal como administrativo y pastoral. Este proceso ha permitido orientar la potencialidad religiosa hacia una dirección específica sacándola fuera de la historia. De esa manera el mensaje cristiano fue limado de su mordiente por los grupos dominantes para obstaculizar más la formación de un poder popular alternativo. De ahí que se aduzcan datos para interpretar que la religión es una huida de la realidad de opresión, un consuelo artificial de las necesidades reales de pobre y un freno a su capacidad de reacción.

A pesar de ello, nuevas experiencias religiosas en América Latina muestran todo lo contrario. La religión del pobre no es un refugio de huida pasiva, sino un arma de resistencia y aun de defensa activa. La agresión institucionalizada de los sistemas sociales a través de la historia ha sido tal, que huyendo no hubiera podido subsistir. Parodiando, sin saberlo, al pueblo judío esclavizado en Egipto, se le oye repetir en medio de

su miseria: "No se preocupe, Dios nos dirá un día lo que tenemos que hacer". Esta confianza en Dios le ha proporcionado sentido a su vida y le mantiene en esperanza. Y la esperanza es una fuerza difícil de medir.

Nadie más consciente de la potencialidad de la religión como los interesados en mantener los privilegios y las situaciones de opresión. Convencidos de su peligrosidad, no escatiman esfuerzos en propagar un tipo de religión alejado de la historia, espiritualizado en el sentido negativo de la palabra, realmente mítico y supersticioso. Ellos saben que el día que el pueblo pobre vea en Dios y su mensaje su arma de liberación, difícilmente va a ser contenido. Lo que ha faltado es el aprovechamiento de esa fuerza por parte de los agentes que propician el cambio social, incluyendo eclesiásticos. Pero esta falla en América Latina se está corrigiendo.

El pobre empieza a ver desde su fe que el mensaje de justicia del evangelio es para la práctica histórica; para "dar libertad a los oprimidos" significa su deber religioso de realizarla en la actualidad; que el que lo tiene dominado no es el diablo, sino un sistema llevado por hombres de carne y hueso... Y en consecuencia empieza a cambiar su demostrada potencialidad defensiva, por otra actitud de ofensiva.

La reacción no se ha hecho esperar. El frente opresor se está sintiendo hipócritamente agredido. Habla del valor cristiano de la paz y del patriótico de la Seguridad Nacional. Y mata poniendo a Dios y a la patria como testigos de su "buena acción". En este contexto el poder humano que proporciona la dimensión religiosa del pobre es definitivo. No hay grupo más temible que el que no teme morir. Y para el sector pobre latinoamericano, para el campesino, morir es algo normal.

Hay ya grupos significativos que a partir de su fe se han embarcado en la lucha por la justicia. Su actuación está desconcertando a los que detentan el poder. Su valor en la lucha está opacando a las ideologías más revolucionarias. La tesis de la "religión opio del pueblo" se está esfumando con hechos. Y hay ya muertos en el camino; verdaderos mártires del evangelio.

Sin llegar a estos extremos, los valores religiosos, orientados al logro de una organización popular, están demostrando su validez y potencialidad. Sabemos que la cohesión interna del grupo es condición indispensable en toda organización. Ello presupone una

visión común del sentido de su vida y de su realidad, junto con una serie de valores superiores para superar las diferencias internas. Se ha constatado que los valores religiosos de un Dios cercano y de hermandad en el proyecto de ese Dios, junto con las virtualidades personales de hospitalidad, honradez y fidelidad son las cualidades más eficaces para lograr y mantener tal adhesión del grupo.

Es evidente que la introducción de los valores religiosos para potenciar una organización popular para la justicia, significa una nueva pastoral. No se trata tanto de presentarles un nuevo conjunto de valores, distintos a los que tienen, sino de extender y reorientar los que ya tienen. Para ello hay que conocerlos primero desde dentro y valorarlos en su auténtica significación en la historia concreta de su vida.

La historia concreta de América Latina está demostrando que esto es posible. Los resultados son altamente alentadores. Estamos descubriendo la equivocación de las interpretaciones folklóricas de las manifestaciones religiosas del pueblo pobre.

Nuestra experiencia concreta también lo confirma. Comenzamos un intento de organizar a campesinos aislados en toda una región montañosa. Tomamos como base la tradicional organización religiosa existente. En concreto la Legión de María. Procuramos interiorizarles la idea de extender su actividad apostólica y de sentido de hermandad legionaria más allá de la visita a los enfermos, el catecismo a los niños y la oración común. Les fuimos proponiendo como tarea apostólica la organización de grupos comunitarios, el ahorro para una capitalización común, compras comunes de instrumentos de trabajo, de víveres, de comercialización de su escasa cosecha de café, etc...

La lectura de la biblia, como palabra de Dios, les ha ido proporcionando sentido a la identificación de los grupos opresores, a la lucha organizada contra ellos y sobre todo a la superación de sus tradicionales enemistades y rencillas internas. Las reuniones de formación y discusión de los problemas y planificación de actividades comienzan siempre con la lectura de un pasaje de la Biblia. Es interesante constatar la frecuencia y acierto con que aplican lo leído en momentos en que las discusiones no tienen salida. Es normal que alguno del grupo salga con algo así como: "¡Pero bueno, ¿no leímos al principio que sin Dios no podemos hacer nada? ¿Vamos a seguir

peleando entre nosotros como los judíos para que nuestros enemigos nos dominen como siempre?...". Y el argumento funciona, sobre todo cuando todos los demás recursos de entendimiento ya se han agotado.

Este grupo, constituido por unas 700 familias y agrupadas en 20 unidades comunitarias autónomas, llama la atención por su cohesión interna, conciencia de lucha y responsabilidad. Destaca claramente en comparación de otros grupos, dirigidos por nosotros mismos, cuya organización no está fundamentada en su vivencia religiosa.

* * *

La síntesis de nuestro pensamiento con respecto a la religión del pobre es clara: No es algo automático ni inconsciente; la mayoría, aunque no todos, optan por Dios y la religión como respuesta a sus incógnitas en un medio de extrema existencia; Dios parece responder al mismo nivel de los requerimientos del pobre; lejos de ser un freno a la lucha por su liberación, es más bien un elemento altamente potenciador.

Desde luego que para captar los datos que llevan a estas convicciones, hay que partir de la posición de uno que también ha optado por Dios. Quien desde la posición del no Dios se aproxima a los hechos religiosos del mundo pobre, no llegará a concluir más allá de un gesto típico de no entender lo que pasa o un cínico encogerse de hombros de eternidad.

